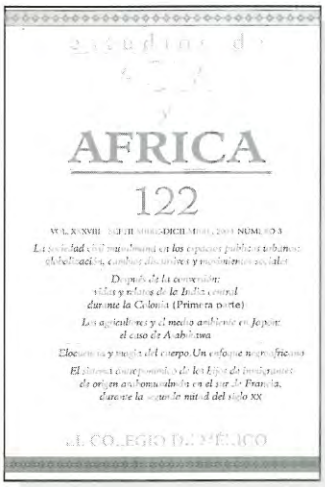
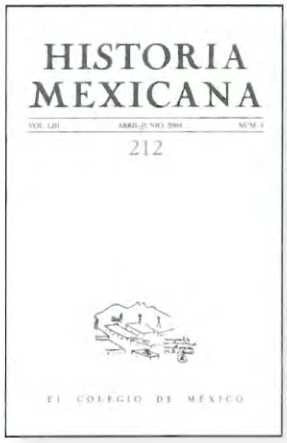
EL COLEGIO DE MÉXICO

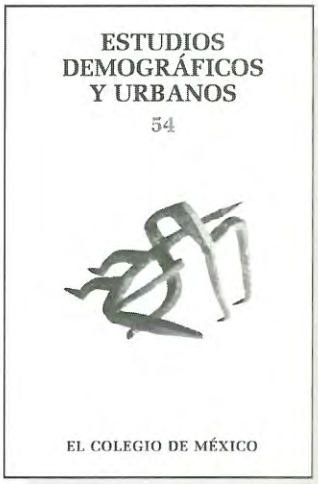
Boletín 110 Editorial

JULIO-AGOSTO DE 2004

PUBLICACIONES PERIÓDICAS







EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx

ÍNDICE

Soneto CXXXIV
(Traducción de *Francisco Segovia*) 2

Qual più diversa e nova cosa...
Martha Elena Venier 5

Petrarca, *spes unica nostrum*
Pablo Sol Mora 13

Petrarca, traductor de Boccaccio
Pablo Lombó Mulliert 17

Petrarca, el punto y el instante
Gabriel Ramos 21

Canadá y México: una relación cada vez más fuerte
Gaëtan Lavertu 25

Las finanzas públicas durante el federalismo
Luis Jáuregui 29

Petrarca 1304-2004

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ *Secretario general* DAVID PANTOJA MORÁN *Coordinador general académico* JEAN-FRANÇOIS PRUD'HOMME *Secretario académico* ALBERTO PALMA *Secretario administrativo* HUMBERTO DARDÓN *Director de Publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ *Coordinador de Producción* JOSÉ MARÍA ESPINASA *Coordinadora de Promoción y ventas* MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 110, JULIO-AGOSTO DE 2004
Diseño IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA *Diagramación y formación* EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO *Corrección* GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ
Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

SONETTO CXXXIV

Pace non trovo, e non ò da far guerra;
E temo e spero, et ardo e son un ghiaccio;
E volo sopra'l cielo e giaccio in terra;
E nulla stringo e tutto il mondo abbraccio.

Tal m'a in prigion, che non m'apre, ne serra;
Né pero suo mi riten, né scioglie il laccio;
E non m'ancide amore, e non mi sferra;
Né mi vuol vivo, né mi trae d'impaccio.

Veggio senza occhi, e non ò lingua e grido;
E bramo di perir, e cheggio aita;
El ò in odio me stesso, ed amo altrui.

Pascomi di dolor, piangendo rido;
Egualmente mi spiace morte e vita.
In questo stato son, Donna, per vui. ❦

TRADUCCIÓN DE FRANCISCO SEGOVIA

SONETO CXXXIV

No encuentro paz, ni puedo hacer la guerra;
Y temo, espero y ardo y soy un hielo;
Y vuelo por el cielo y yazgo en tierra;
Nada aprieto y abrazo el mundo entero.

Prisión me da, que no abre y que no cierra;
Ni me retiene, ni me suelta el lazo;
Y no me mata amor, ni me libera;
Y no me quiere vivo, ni apremiado.

Sin ojos veo, y aun sin lengua grito;
Y aunque quiero morir, amo mi suerte;
Y es mi alma mi enemiga, que a otra adora.

Me alimenta el dolor, llorando río;
Por igual me disgustan vida y muerte.
Por vos en tal estado estoy, Señora. ☾

MARTHA ELENA VENIER

Qual più diversa e nova cosa...

Entre las traducciones de Enrique de Villena –los doce libros de la *Eneida*, la *Commedia* de Dante, que se le atribuye, la retórica dedicada a Herennio, algo de Tito Livio– figura, solitario, un soneto de Petrarca con la glosa, en el que me detuve mientras buscaba entre los restos de su *Arte de trovar* y el "Prohemio" al poema de Virgilio, sus opiniones, digamos, lingüísticas. En esa introducción Villena se refiere a la *Commedia*, pero no a este trabajo mínimo, de escasas cuatro páginas, que se menciona muy de paso en el recuento de sus obras completas. No era difícil tentarse con escudriñar de cerca qué había conseguido Enrique de Aragón en este ejercicio, porque se trataba de Petrarca, en primer lugar, luego porque era traducción de una a otra lengua vulgar y, más aún, de una composición cuyo metro comenzaba apenas a ejercitarse en español.

Cuando se está algo familiarizado con la práctica de los traductores medievales, en su mayoría dedicados a poner en latín obras científicas y filosóficas de origen griego y árabe (tengo ahora a mano, *Le traducteur, l'église et le roi*, de Clara Foz y el volumen colectivo *Les traducteurs au travail: leur manuscrits et leur méthodes*), se advierte que sus recursos y dificultades se perpetuaron hasta los años de Enrique de Villena transcurridos entre los siglo catorce y quince: cuánto, por ejemplo, se dominaba la lengua original, cuánto se comprendían sus matices, cuánto, por falta de una u otra habilidad, se caía en la traducción palabra por palabra que ya criticaba Horacio en su epístola a los Pisones. Esos problemas se encuentran en el texto que comento abajo, el soneto 148 del *Canzoniere*, complejo, con su sello de melancolía, contenido aquí si se compara con otras composiciones de Petrarca, imitadas y traducidas por los españoles de los siglos de oro,[1] conscientes ya de que esos versos tenían un destinatario, aludido, simbolizado, en el laurel. Copio algunos ejemplos, escogidos al azar, que debería multiplicar. En el soneto 228, Amor abrió su costado izquierdo y plantó en el corazón un laurel cuyo verdor opaca el de las esmeraldas:

Amor co la man destra il lato manco
m'aperse, e piantovvi entro in mezzo 'l core
un lauro verde sì che di colore
ogni smeraldo avria ben vinto e stanco.

En la segunda mitad del siglo dieciséis, Jerónimo de Lomas Cantoral lo tradujo muy bien aunque cayó en el cuarto verso:

Abrióme Amor, con diestra mano, el lado
izquierdo, y en el pecho ya herido
un árbol puso, que ha en color vencido
al más hermoso verde y colorado.

Y el que empieza "Almo Sol, quella fronde ch'io sola amo" (transcrito en este *Boletín*, p. 11). El sol le quita la sombra que cae desde la colina donde brilla aún su suave fuego, donde el mismo laurel del soneto 148 –*arboscel* antes, *gran lauro* ahora–, crece, mientras él discurre:

L'ombra che cade da quell' umil colle
ove favilla il mio soave foco,

[1] Véase lo que recoge Joseph G. Fucilla, *Estudios sobre el petrarquismo en España*, Madrid, 1960, y lo que, de diversos autores, reunió Antonio Alatorre en *Fiori di sonetti*, México, 2002.

ove 'l gran lauro fu picciola verga,
crescendo mentr'io parlo...

O la sombra del laurel que le da refugio ("Un lauro mi difese allor dal cielo") de una luz inclemente en la canción "A la dolce ombra de le belle frondi".

***

La única copia en italiano y su versión al español de esta pieza con que cuento –de una colección destinada a recoger toda la literatura española– está limpia de cualquier dato sobre ubicación del manuscrito, posible fecha de traducción, especulación sobre la legitimidad de la atribución, de cómo fue a parar –tan pequeño y solitario– al lugar donde se conservó o cuánto del *Canzoniere* se conocía en el medio afín al aragonés, quizá porque esto es algo de lo que no hay que dudar. En el catálogo que contiene la reconstrucción de la biblioteca del marqués de Santillana –donde figuran dos libros de Petrarca, *De remediis utrisque fortunae* y *De viris ilustribus* en versiones italianas– sólo se advierte que en el mismo manuscrito (10118 de la Biblioteca Nacional) donde se encuentra la traducción de la *Commedia* hay "un soneto en italiano con trad. castellana". Dice Fucilla en la introducción a sus *Estudios...* que varios críticos atribuyen la traducción al marqués y habría razones. Prescindiendo de que Santillana se inspiró en los *Trionfi* para su *Triunphete*, el soneto 148 tiene anotaciones suyas e imitó las antítesis de "Pace non trovo e non ò da far guerra" (véase traducción, p. 3) en uno de sus sonetos:

Lexos de vos e çerca de cuydado,
pobre de goço e rico de tristeça,
fallido de reposo e abastado
de mortal pena, congoxa e braveça...

Quizá, y ahí lo dejo, porque no es tema para este lugar. En todo caso, como poeta, el marqués se hubiera esmerado más en trabajar los versos.

***

El soneto –que mereció imitación de Fernando de Herrera–[2] empieza con una enumeración, recurso frecuente en Petrarca. Primer lugar tienen los ríos de Italia, luego los grandes del mundo conocido hasta entonces, manera también de ubicar en los puntos cardinales la magnitud de lo que quiere significar, como expresamente dice en el soneto 146: si la extensión de sus versos lo permitiera, llenaría con su nombre la última Tule, la lejana Escitia, el Don, los montes de África, Tesalia y Gibraltar, pero como no puede llevarlos a los cuatro rumbos, óigalos Italia, bella región que dividen los Apeninos, rodea el mar y limitan los Alpes:

del vostro nome, se mie rime intese
fossin sì lunge, avrei pien Tyle e Battro,
la Tana e 'l Nilo, Atlante, Olimpo e Calpe.
Poi che portar nol posso in tutte e quattro
parti del mondo, udrallo il bel paese
ch'Appennin parte, el'mar circonda e l'Alpe.

Sigue, en el primer verso del segundo cuarteto, otra breve enumeración, de plantas esta vez, para elaborar en los restantes la unión simbólica del agua, el laurel y su poesía:

Non Tesin, Po, Varo, Arno, Adige et Tebro,
Eufrate, Tigre, Nilo, Ermo, Indo et Gange,
Tana, Istro, Alpheo, Garona, e 'l mar che frange,
Rodano, Ibero, Ren, Sena, Albia, Era, Edro;

---

[2] "Igual al Tebro, al Arno y al Metauro,/ superior al Tajo y Duero y Ebro,/ sagrado ispalo río, a quien celebro,/ corre ufano al ondoso ponto Mauro..." (Fucilla, *Estudios...*, p. 149). Tebro es el Tíber, Metauro es río de Urbino, ponto Mauro, el Atlántico.

non edra, abete, pin, faggio o genebro
poria 'l foco allentar che 'l cor tristo ange,
quant'un bel rio ch'ad ogni or meco piange,
co l'arboscel che 'n rime orno e celebro.
Questo un soccorso trovo fra gli assalti
d'Amore, ove conven ch'armato viva
la vita que trapassa a sì gran salti.
Così cresca il bel lauro in fresca riva,
et chi 'l piantò pensier leggiadri et alti
ne la dolçe ombra al suon de l'aque scriva.

En la versión que sigue, copia que tal vez leyó Villena, marco las palabras que lo llevarán a su traducción; no interesan mucho los cambios ortográficos, debidos a usos del siglo quince o de quien lo transcribió:

Non Po, *Thesin*, *Varo*, Arno, Adige et Tebro,
Eufrate, Tigre, Nilo, Hermo, Indo e Gange,
Tanai, Histro, Alpheo, Garona e'l mar que frange,
Rodano, Hibero, *Rassena*, Albia, Era, Hebro,
non *odra*, *habere*, *piu* faggio o ginebro
porria el focho alentare che'l cor tristo ange,
quanto un bel rio c'ad ogni hor meco piange,
cun l'arbustello che'n rime *orva* e çelebro;
questo un socorso trovo fra li assalti
d'Amore ove convien che armato viva
la vita que *traspassa* a si grand salti.
Chosi cresca el bel lauro in fresca riva,
e chi *el pianto* pensier leggiadri e alti
nela dolçe ombra al suon del acqua scriva.

En el primer verso, "Non Po, Thesin...", el cambio de orden no importa mucho porque el Tessin es afluente del Po: o había quedado así en la memoria o la versión que llegó a Villena fue obra de un puntilloso de la geografía italiana. Pero en el verso 4, "Ren, Sena", el resultado "Rassena" (que haría pensar no ya en un copista, sino en alguien que escribe al dictado) sorprende a Villena, quien comenta en su glosa que es "nombre que non se falla en la descripción de Alberto" (Magno, *De natura loci*, aclara en el mismo lugar), aunque colige que se trata del Sena: "algunos auctores dixeron que se entiende por el río de Saine, a quien el latín dize Secana, e passa por París y Roán e nasçe en los campos de Françia..." Es curioso que no distinga a su lado el Rhin otro grande de la zona, que falta en su "declaración" –así como desaparecen Tessin y Varo.

Llevado por la inercia de los cuatro primeros versos, y puesto que los cuartetos inician con *non*, Villena supone, deduce, que los dos nombres que en el quinto distingue como propios –*faggio, genebro*– son también ríos. Cómo entender que, de repente, Petrarca cambiara el registro meticuloso de tanto caudal por la sombra de unos cuantos áboles.

En una traducción natural (si hay algo como eso), de haberse transcrito el quinto verso como se lo concibió, diría

ni hiedra, abeto, pino, haya o enebro,

que con su sombra no podrían menguar el fuego del corazón angustiado, como no podría el agua de esos ríos. Ahora bien, entendió (o así estaba escrito) "odra", que no pudo descifrar o para lo que no encontró equivalente en español. Si, como en el original, hubiera tenido "edra", quizá podría haberla asociado con el latín *hedera* (=hiedra) o lo hubiera hecho dudar. Luego, *habere* (*habete* en su texto) podría tener alguna función verbal, algo así como "tenéis" ("no tenéis odra"), pero el adverbio no apoya ese supuesto. En vez de "pin" (pino) –muchos escribimos *n* como *u*– entendió "più" (más), lo que hace de su traducción un sinsentido:

non odra, habete, más Fagio o Girebro.

En la glosa Villena asocia el primero al río Fasis, que ubica en Tesalia, pero como no encuentra paralelo para *genebro*, ejercita una explicación asiéndose de algo con prestigio que le sirva como autoridad: "El río Girebro non se falla en la descripción de César nin en la de Alberto. E quieren dezir algunos que nasçe del mismo monte Olimpo en la región de Tracia e apártase del río d'Ebro recercando sus bueltas. Corre poca tierra e, a la fin, éntrase en él, pero tiene fértiles e abundosas riberas". Ingenioso recurso con el que da sentido a un verso totalmente perdido para la intención de Petrarca, como casi está perdido el primero, que "tornado al vulgar quiere dezir",

Non ha así en Po çiertos, Arno, Adige o Tébero...

Habría que preguntar aquí si la traducción es de Villena, que del Tessin y el Varo saca un circunstancial y algo que parece verbo, *ha* (haber, tener), que podría entenderse quizá como "no hay así en el Po algunos..." Es curioso que, atento como era a cuentiones del lenguaje, Villena necesitara esa construcción extraña cuando el verbo principal, que traduce bien, está en el sexto verso: *poria* (potrebbe=podría):

podría el fuego amansar que el coraçón triste aquexa...

Del verso 7, bien copiado ("sino un hermoso río que a toda hora llora conmigo" o, mejor, "siempre llora"), saca también una frase algo maltrecha "... que a todas cosas agora conmigo se quexa". En el verso siguiente hay, creo, un problema de transcripción moderna; otra vez *u* se entremete en *orno* y quien leyó el manuscrito entendió, sin reflexionar mucho, *orva* (orua), que carece de sentido. Si Villena hubiera leído eso, no habría traducido bien *guarnesçe* (adorna); pero tiene que traducir el verbo en tercera persona, porque así está (*orna*) por otra mala transcripción o lectura, esta vez de su época. Así pues, ese "arbolito que en mis rimas adorno (¿quedaría mejor *honro* tratándose de amor cortés?) y canto", da en su traducción un verso peculiar:

con los árboles que en rimos guarnesçe e çelebro.

Para *soccorso* (socorro, auxilio, ayuda) del v. 9 –"ésta es la única ayuda que encuentro entre los asaltos del amor"– simplemente transliteró del latín: "este un *sucurso* fallo entre otros asaltos d'Amor"; no era ésa práctica extraña en la traducción de esos siglos ni en las de Villena.

El verso 11 de la versión italiana le llegó con *traspassa* en vez de *trapassa* (transcurre) y así, "la vida que transcurre a grandes saltos (o tan de prisa)", sale naturalmente como "la vida que traspassa así grandes saltos", lo que no está mal si lo entendió como "la vida que traviesa por grandes obstáculos".

En el último terceto lo encamina mal *piantò* (plantó),

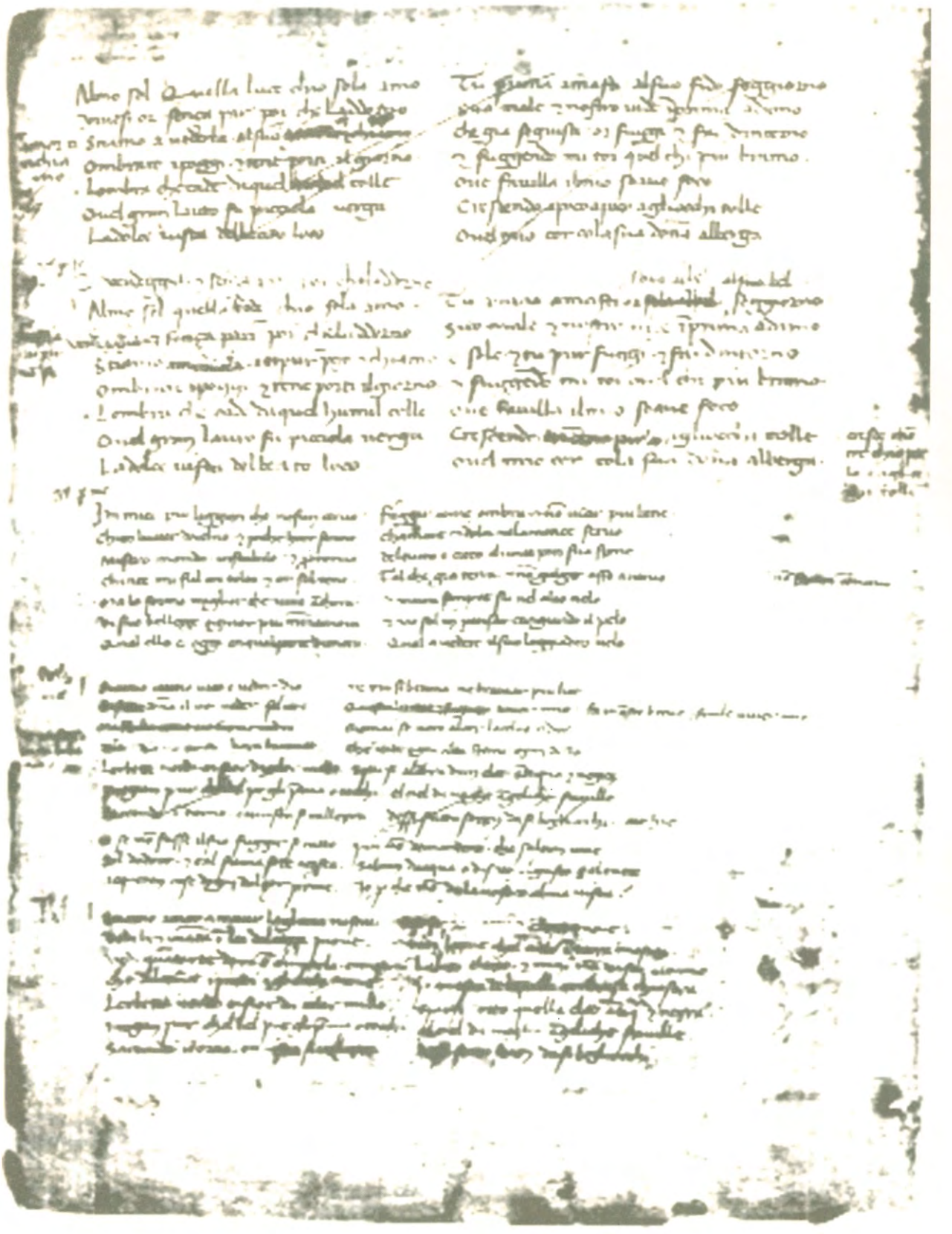
que lee sin acentuar, *pianto* (llanto) y le cambia del todo el sujeto; de modo que no será quien plantó el arbolito, la varita de laurel, el que "escriba pensamientos bellos y profundos bajo la dulce sombra y al rumor del agua", sino el *llanto*:

Así crezca el fermoso laurel en fresca ribera
e allí el llanto pensamientos alegres e altos
en la dulçe sombra al son del agua escriba.

En su "declaración" (explicación), Villena toma el rumbo más evidente desde su perspectiva, y encuentra en el soneto una gran metáfora: "cuánto deseaba [miçer Françisco] obtener la poesía y ser en aquélla laureado... E por aquel río que dize *fermoso*, la elocuencia abundante e indefiçientemente como fluente río, para reçitar e representar propriamente las conçebidas cosas, en cuyo decurso nasçe la poesía por el laurel demostrada..."

No es de extrañar la glosa de Villena –Petrarca había recibido su corona de laureles en abril de 1341, dato sin desperdicio–; pero no hay con qué dejar en claro la soledad del soneto 148 ni el porqué de su traducción. Es de preguntar cuál habría sido su "declaración" si hubiera conocido estos versos:

Più volte Amor m'avea già detto: Scrivi,
scrivi quel che vedesti in lettre d'oro,
sì come i miei seguaci discoloro,
e 'n un momento gli fo morti e vivi. ℭ



La ilustración de la página anterior, tomada de la *Storia della lingua italiana* de Bruno Migliorini, es un apunte autógrafo de Petrarca (Biblioteca Vaticana, cod. Vat. Lat. 3293 c 13b); contiene tres sonetos del *Canzoniere*: una versión tachada del 188 y abajo la que ahora conocemos; le siguen los sonetos 319, (*I dì miei più leggier che nesun cervo*), 191 (*Si come eterna vita è veder dio*) y 192 (*Stiamo, amor, a verder la gloria nostra*). Los versos de la ilustración se leen como separados por hemistiquio; por ejemplo los vs. 1-2 de la versión tachada:

Almo sol, quella luce ch'io sola amo tu prima amasti al suo fido soggiorno

Hay número razonable de traducciones al español del *Canzoniere*, ninguna del todo fiel al verso de Petrarca, más por acomodarse al metro que por traicionarlo de manera consciente. Ésta que damos, (p. 11) es de Jacobo Cortines, Madrid, Cátedra, 1989; el texto en italiano es una versión anotada por Giacomo Leopardi. (M.E.V.).

CLXXXVIII

Almo Sol, aquella fronde ch'io sola amo,
tu prima amasti, or sola al bel soggiorno
verdeggia, et senza par poi che l'addorno
suo male et nostro vide in prima Adamo.

Stiamo a mirarla: i'ti pur prego et chiamo,
o Sole; et tu pur fuggi, et fai d'intorno
ombrare i poggi, et te ne porti il giorno,
et fuggendo mi toi quel ch'i' più bramo.

L'ombra che cade da quel' humil colle,
ove favilla il mio soave foco,
ove 'l gran lauro fu picciola verga,

crescendo mentr'io parlo, agli occhi tolle
la dolce vista del beato loco,
ove 'l mio cor co la sua donna alberga. ❦

CLXXXVIII

Divino Sol, aquella fronda que amo
Antes la amaste,y por el valle sola
está verde, y sin par desde que hermoso
su mal y el nuestro Adán viera primero.

La miramos, y yo te ruego e invoco,
oh Sol; pero tú huyes, y ensombreces
los montes, y contigo se va el día,
y me quitas huyendo lo que ansío.

La sombra que desciende de aquel cerro,
donde brilla mi fuego tan süave,
y donde el gran laurel fue débil vara,

creciendo mientras hablo, va borrando
la dulce vista del bendito sitio,
donde vive mi pecho con su dama. ❦

PABLO SOL MORA

Petrarca, spes unica nostrum

Spes unica nostrum ('nuestra única esperanza'), así se refería Boccaccio a Petrarca en un poema que le enviaba a Avignon junto a un libro de Dante (*Carminum quae supersunt* III, 34). Reconocía de este modo, como observó Giuseppe Toffanin en su *Historia del humanismo*, lo que para él y otros representaba su autoridad: la de un iniciador, un pionero, y un maestro. Era él quien había restaurado el estudio de la Antigüedad; quien se había esforzado en recuperar los textos clásicos (Cicerón y Tito Livio, entre otros) y dar de ellos una versión confiable; quien combatía sin descanso a los escolásticos de La Sorbona y otras universidades, inmersos en el debate aparatoso de cuestiones nimias al amparo del nombre de Aristóteles y olvidados por completo de que el propósito de la enseñanza, como sostenía su admirado Séneca, no debía ser la polémica o la erudición en sí mismas, sino la búsqueda de la verdad y la práctica de la virtud; él, en fin, quien mejor encarnaba los valores de la *humanitas*, centro de los *studia humanitatis*, o sea, de lo que eventualmente serían nuestras Humanidades.

Por su valoración de la Antigüedad, por su labor filológica, por su doctrina intelectual y moral, Petrarca ha sido considerado de manera prácticamente unánime como el primer humanista. Debajo de lo que apenas desde el siglo XIX llamamos "humanismo" hay toda una serie de presupuestos intelectuales y éticos que tiene su origen precisamente en el programa o, mejor dicho, en la *philosophia*, que Petrarca delineó en sus innumerables cartas y obras filosóficas. Francisco Rico ha resaltado lo que casi podríamos llamar la obsesión petrarquista por confrontarse a sí mismo y todo lo que lo rodeaba con ejemplos antiguos; no, desde luego, como un simple ejercicio retórico, sino porque esa confrontación era a sus ojos el mejor examen posible, la forma más rigurosa de ponerse a prueba. El presente, del que tantas veces se quejó –baste recordar las famosas palabras de su carta *A la posteridad*: "Entre muchas cosas, me he dedicado especialmente al conocimiento de los tiempos antiguos, ya que mi época siempre me ha disgustado" (*Senilium rerum libri* XVIII, I)–, debía ser juzgado con los exigentes parámetros del pasado. Hoy no parece entonces del todo injustificable una confrontación distinta: la nuestra, la del estado actual del humanismo y las humanidades, con las ideas y los ideales de Petrarca.

Quizá en pocos pasajes de su obra expresó tan claramente la convicción que habría de convertirse en el centro de los ideales humanistas (y que, severamente criticada y desacreditada, se encontraba hasta hace poco en la base de los planes de estudio de las humanidades) como en el proemio a *Sobre la vida solitaria*, dedicado al obispo de Cavaillon:

> No solamente despreciable y repugnante, sino también –y lo digo a pesar mío, y ojalá la experiencia no lo hubiera mostrado y lo mostrara con tanta frecuencia– sino también pernicioso, e inconstante, y desleal, e hipócrita, y fiero y sanguinario animal es el hombre, a menos que, excepcional favor divino, aprenda a despojarse de su bestialidad y a revestirse de humanidad, a ser, en suma, verdaderamente hombre.

Y este llegar ser verdaderamente hombre, esta auténtica "humanidad", era posible lograrla mediante el cultivo de las *litterae* (complemento ideal de la fe, que naturalmente Petrarca daba por sentada). Eran la lectura y el estudio, el trato continuo con los autores antiguos, los agentes que "humanizaban" al hombre, sin los cuales apenas se diferenciaba del resto de los animales. Esta creencia se convirtió en un lugar común en el humanismo posterior a

Petrarca, que de esta forma proclamaba su confianza en sí mismo, la arrogante convicción de su valor. Detrás de ella hay una certeza más profunda: la de la importancia de la palabra, del lenguaje, o sea, del *logos*. Rico la ha resumido así en un artículo dedicado a las *laudes litterarum* en la España del Renacimiento: "El hombre es superior a los animales por obra de la razón, cuyo instrumento esencial es la palabra. Con la palabra se adquieren las letras y las *bonae artes*, que no constituyen un factor adjetivo, sino la sustancia misma de la *humanitas*. La *humanitas*, por tanto, mejor que cualidad recibida pasivamente, es una doctrina que ha de conquistarse". En conclusión, Petrarca entrelazó en su pensamiento los conceptos de *litterae* y *humanitas*, y al hacerlo sentó las bases de lo que siglos más tarde denominaríamos "humanismo".

Los postulados anteriores, en los que los primeros humanistas creían muy seriamente, resultan casi extravagantes o conmovedores en el mundo *deslogocentrado* (permítaseme el neologismo, que además no desentonaría mucho en ciertas jergas al uso) en el que vivimos. La confianza en el *logos* se ha perdido casi por completo y la creencia de que el estudio de las humanidades "humanizaba" al hombre, lo hacía moralmente mejor, ha probado ser falsa demasiadas veces. Petrarca, aun con sus grandes reservas respecto al hombre, lo sobreestimaba; el cultivo más refinado de las *litterae*, el "humanismo" más exigente, puede convivir perfectamente con la bestialidad. Con tanta insistencia se ha repetido esta crítica que, resultado quizá del cansancio de sentirse señalado culpable, se ha vuelto común, incluso dentro del ámbito mismo de las humanidades, la actitud condescendiente o cínica al observar que era *obvio* que éstas eran incapaces de volver mejor al hombre, de humanizarlo. Dicha actitud olvida o deliberadamente pretende ignorar (lo que es peor) que esto era un verdadero artículo de fe entre los primeros humanistas. Si los *studia humanitatis* no servían para humanizar, entonces, ¿para qué cultivarlos? ¿Por puro ornamento, por la erudición en sí? Petrarca o Erasmo se habrían escandalizado.

Habiéndose fracturado sus cimientos, es notable que el edificio de las humanidades siga más o menos en pie (aunque siempre amenazados por la falta de apoyos, los centros de investigación y las facultades del área parecen tener un refugio asegurado en las universidades; año con año, miles de estudiantes las eligen como campo de profesionalización), pero ¿en qué condición se encuentra realmente? Echemos un vistazo a algunos aspectos preocupantes. El primero tiene que ver con el problema de la hiperespecialización académica, afecta la esencia misma de los ideales humanistas y revela como pocos su estado actual. Las humanidades, como hemos recordado, nacieron de un ideal de cultura: el estudio de los autores clásicos, en cuyas obras se encierran valores incuestionables, permitiría al hombre ser más humano o, más precisamente, llegar a ser un hombre verdadero. El hispanista Joseph Perez ha expuesto con claridad el objetivo que perseguían los primeros humanistas y la clase de cultura a la que aspiraban:

> La meta es llegar a un conocimiento tan completo como sea posible de aquello que es útil saber al hombre para ser plenamente hombre. Es por esto que la cultura de los humanistas tiene pretensiones enciclopédicas... y al mismo tiempo se opone a una especialización excesiva. La cultura que recomiendan los humanistas tiene un valor en sí misma y es en principio una cultura general en el sentido de que no es el patrimonio de un grupo restringido de profesionales del saber, de técnicos, de especialistas.

Hoy con frecuencia ese objetivo inicial parece perdido. El inevitable proceso de especialización ha fragmentado a las humanidades a tal punto que ya no sólo las distintas ramas parecen cada vez más alejadas entre sí (etapa superada hace mucho tiempo), sino que incluso dentro de una misma rama es común encontrar un compartimiento minúsculo, encerrarse en él a piedra y lodo y no

enterarse de nada más (George Steiner lo ha planteado en los terrenos de la historia del arte: "¿Qué necesidad tiene el miniaturista-especialista en grabados flamencos tardíos o en acuarelas inglesas de mediados de la época victoriana de preocuparse por lo que Aristóteles, Kant o Heidegger dijeron acerca de la experiencia estética? Lo trascendente no interesa"; pero lo mismo podría decirse acerca de la literatura o la historia). Nadie pone en duda que la especialización es consecuencia del avance de una disciplina y forzosa en aras de la seriedad académica, pero hasta qué punto y a qué precio. ¿Al de renunciar al objetivo que dio origen a la cultura humanística? Lo peor es que muchas veces ya ni siquiera se es conciente de ese objetivo. ¿Quién tiene tiempo para tan vagas generalidades cuando la minucia en la que se cifra el prestigio de la especialización reclama toda nuestra atención? El proceso de hiperespecialización oculta algo más; es un síntoma del malestar que afecta a las humanidades. Frente a la incertidumbre que socava sus bases, sus practicantes se refugian muchas veces en sutiles y exquisitas investigaciones, en temas que a veces apenas rebasan el campo de interés de un solo especialista: "El pánico se ha apoderado de Bizancio" (George Steiner).

Hay, desde luego, otras señales que muestran las dificultades por las que atraviesan los estudios humanísticos. Entre otras, por ejemplo, su desesperado afán de hacerse de una apariencia respetable, "científica", recurriendo, ante la imposibilidad de utilizar métodos verdaderamente científicos, a sus ropajes: una terminología técnica (con frecuencia innecesaria, pero esto es lo de menos, lo que importa es dar la impresión de un conocimiento especializado al que no cualquier profano puede atreverse); el uso de fórmulas, tablas y esquemas (que no se diga, por favor, que las humanidades están hechas *sólo* de palabras, lo que revela, dicho sea de paso, la pérdida de confianza en el *logos*); todo lo que pueda contribuir a dar una apariencia de rigor. El problema no es nuevo y ha sido observado, entre otros, por dos autores tan diferentes como los arriba citados (Perez y Steiner; en México, Antonio Alatorre le dedicó algunos ensayos centrados en el campo de la crítica literaria que desafortunadamente no han perdido mucha vigencia porque los casos ahí criticados siguen presentándose). Se trata únicamente, lo repito, de un indicio entre varios de un mal más profundo.

Las perspectivas no son alentadoras. La convicción moral que fue el eje de las humanidades suele ser vista con extrañeza y descalificada como una ingenuidad; su fragmentación acelerada y el avance de la hiperespecialización en detrimento de una verdadera cultura humanista no parecen dar marcha atrás; los embustes pseudocientíficos (las humanidades con mala conciencia que intentan disfrazarse de lo que no son) están a la orden del día.

Y es en estas circunstancias poco favorables en las que Petrarca puede tener todavía algo que decirnos (y quizá justamente en éstas más que en otras). Su obra nos recuerda en cada página que las humanidades nacieron de la convicción de que mediante el estudio de ciertos autores y obras el hombre podía alcanzar la verdadera humanidad y que, por lo tanto, tienen ante todo un compromiso moral; que el objetivo fundamental que deben perseguir no es el de ninguna clase de especialización, sino, por el contrario, el de una cultura general que enseñe al hombre a conocerse a sí mismo y a ser verdaderamente humano. Es en este sentido que nosotros también podemos llamarlo, a siete siglos de su nacimiento, "*spes unica nostrum*".

NOTA BIBLIOGRÁFICA*

BOCACCIO, *Carminum quae supersunt*, en *Opere latine minori*, a cura di Aldo Francesco Massèra, Laterza, Bari, 1928.

PEREZ, JOSEPH, "L'humanisme: essai de définition", en *De l'humanisme aux Lumières. Études sur l'Espagne et l'Amérique*, Casa de Velázquez, Madrid, 2000.

PETRARCA, *Obras I. Prosa*, intr. de Francisco Rico, Alfaguara, Madrid, 1978.

_____, *De vita solitaria*, en *Opere latine* I, a cura di Antonietta Bufano, UTET, Torino, 1987.

_____, *Senilium rerum libri*, en *Epistole*, a cura di Ugo Dotti, UTET, Torino, 1978.

RICO, FRANCISCO, " 'Laudes litterarum'. Humanismo y dignidad del hombre en la España del Renacimiento", en *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Destino, Barcelona, 2002.

STEINER, GEORGE, "¿El ocaso de las humanidades?", *Revista de Occidente*, diciembre de 1999, núm. 223.

TOFFANIN, GIUSEPPE, *Historia del humanismo*, Nova, Buenos Aires, 1953.

* La traducción de las citas de Petrarca, así como de la de Joseph Perez, es responsabilidad mía.

EL COLEGIO DE MÉXICO

Dirección de Desarrollo Institucional

Julio/Agosto 2004

En la explanada de El Colegio... noticias y actividades

Ceremonia de inicio de cursos 2004 y Homenaje al Profesor Víctor L. Urquidi

La ceremonia de inicio de cursos 2004 que se llevó a cabo el 20 de septiembre fue singular y emotiva. Como todos los años se dio la bienvenida a nuestros alumnos, pero en esta ocasión la ceremonia estuvo acompañada del homenaje a un gran pensador y humanista, quien durante 19 años fue Presidente de El Colegio de México: el Profesor Víctor L. Urquidi.

Ceremonia de inicio de cursos 2004

El doctor Lira, actual Presidente de El Colegio, dio la bienvenida a los 335 alumnos de reingreso y de nuevo ingreso a los diversos programas académicos. Vale la pena mencionar que mientras que la Maestría en Economía recibió a la XXIX generación, la Licenciatura en Relaciones Internacionales y la Maestría en Demografía recibieron a la XXI generación, se han creado nuevos programas como la Maestría en Traducción, la Maestría en Estudios de Género y la Maestría en Bibliotecología, las cuales recibieron sus primeras promociones. Esto muestra la preocupación constante de El Colegio por mantenerse a la vanguardia de las necesidades de educación en nuestro país.

Reyes Tamez Guerra Secretario de Educación Pública, Sheila Ann Bren de Urquidi, Andrés Lira, Presidente de El Colegio de México

En esta ceremonia contamos también con las palabras de Mario Ojeda, profesor emérito de nuestra institución, y del Secretario de Educación Pública, Reyes Tamez Guerra, quien develó la placa en reconocimiento al Profesor Víctor L. Urquidi. Comprometido con el desarrollo del país por la vía de la educación y de la producción del conocimiento, el Profesor Urquidi contribuyó a la consolidación de la excelencia académica de esta institución, promovió y produjo estudios fundamentales en campos como demografía, género, energía, economía y desarrollo sustentable, entre muchos otros.

Es así que este año nuestros alumnos tuvieron el privilegio de compartir la ceremonia de bienvenida con el homenaje a un personaje que es un gran ejemplo e inspiración para la vida académica y para el desarrollo de México.

¡¡¡ Bienvenidos todos nuestros alumnos!!!

Premio Gustavo Cabrera Acevedo

El 20 de septiembre del presente año se llevó a cabo la ceremonia de entrega del Premio Gustavo Cabrera Acevedo y de apertura del ciclo escolar 2004-2005 de la Maestría en Demografía del Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano.

El Premio Gustavo Cabrera a la mejor tesis de la Maestría en Demografía tiene como objetivo promover los estudios demográficos de alta calidad, y se creó gracias al generoso donativo de la empresa NEOLPHARMA.

El premio se nombró en honor a Gustavo Cabrera quien fue pionero y visionario de la demografía en México y un gran impulsor de la formación de los nuevos demógrafos del país.

Se reconocieron a las tres mejores tesis de la Maestría en Demografía promoción 2002-2004. Los ganadores fueron:

Primer lugar: Carlos Alberto Galindo López

Tesis *Recuperación de los nacimientos ocurridos y registrados durante 1950-2000 en México y su importancia histórica.*

Segundo lugar: Salvador David Cobo Quintero

Tesis *Migración circular a los Estados Unidos y la movilidad ocupacional de los jefes de hogar migrantes en México: regresando a casa.*

Tercer lugar: Mirna Hebrero Martínez

Tesis *Evaluación del estado de salud como una dimensión del bienestar a la población mexicana con 50 años y más y análisis de sus factores asociados.*

Les deseamos éxito a los egresados de la promoción 2002-2004 y damos la bienvenida a la nueva promoción de la Maestría en Demografía.

Dr. Lira, Dr. Ordorica y Dra.Giorgiulli

Seminario-taller: Migración, pobreza y estructura de la economía rural mexicana: a la memoria de Don Víctor L. Urquidi

El Programa de Estudios de Cambio Económico y la Sustentabilidad del Agro Mexicano (Precesam), el Centro de Estudios Económicos de El Colegio de México y el *Rural Economies of the Americas and Pacific Rim* (REAP) de la Universidad de California en Davis, organizaron este seminario-taller en memoria al Profesor Urquidi.

Los objetivos del evento fueron:

- Dar a conocer las características de la Encuesta Nacional a Hogares Rurales de México (Enhrum) del Precesam.
- Presentar los resultados de estudios generados por un grupo de investigadores jóvenes que participaron en la Enhrum o que hayan profundizado sus conocimientos del sector rural mexicano en el Precesam.

En este evento, que se llevó a cabo el 20 y 21 de septiembre, participaron como ponentes más de 20 investigadores y se trataron temas como migración, producción agrícola y pobreza, hogares rurales en México, y se presentaron casos específicos de varias regiones del país.

Sistema automático de control de acceso vehicular al estacionamiento

El 20 de septiembre de 2004 empezó a operar el sistema automático de control de acceso vehicular al estacionamiento de nuestro Colegio. Ésta es la segunda etapa de varias que comprenden la estrategia de automatización de servicios que se ha planeado con el propósito de hacer más eficientes los procesos administrativos.

El objetivo principal del sistema de acceso vehicular automatizado es brindar mayor seguridad y mejor servicio a los usuarios del estacionamiento –profesores investigadores, personal administrativo, estudiantes y becarios de El Colegio, e invitados que asistan a nuestras instalaciones.

Para tener acceso al estacionamiento es necesario contar con una credencial actualizada habilitada para operar el sistema automático, y para los visitantes será necesario solicitar de forma anticipada un permiso de entrada.

El servicio de estacionamiento se proporcionará de lunes a viernes de 7:00 a 22:00 horas, y sábados, domingos, días festivos y periodos vacacionales de 9:00 a 18:00 horas. Los estudiantes y becarios de El Colegio de México que cuenten con credencial vigente, podrán tener acceso al estacionamiento de lunes a viernes de 15:30 a 22:00 horas, y sábados, domingos, días festivos y periodos vacacionales de 9:00 a 18:00 horas.

Para mayores informes favor de comunicarse al Departamento de Servicios de la Dirección de Servicios Generales de El Colegio de México, ext.: 2920 y 2125.

Dirección de Desarrollo Institucional
El Colegio de México
Annette Candanedo
tel.: 5449-2938
acandanedo@colmex.mx

PABLO LOMBÓ MULLIERT

Petrarca traductor de Boccaccio

La palabra *tradición* está asociada, según T.S. Eliot, con una "gratificante reconstrucción arqueológica"; ese fue el placer que también encontraron muchos de los eruditos medievales al rescatar, reconstruir, traducir o simplemente disfrutar escritos de la antigüedad clásica occidental. Francesco Petrarca (1304-1374) fue heredero de la tradición y de aquel goce, ejercitó a conciencia (además de una constante búsqueda de manuscritos y testimonios antiguos) *la traducción, la imitación* y *la emulación* para llevar a cabo su propia y paradigmática obra en toda una variedad de géneros y registros. Petrarca tenía muy claro su proyecto humanista: rescatar y editar obras perdidas del pasado –afianzando aún más la tradición clásica– y consolidar lo que sería el primero de los cánones literarios de la modernidad con su propia obra y difundiendo nuevos valores literarios y preocupaciones poéticas, filosóficas o teológicas.

El quehacer intelectual y artístico de Petrarca tiene dos caras particularmente importantes para el desarrollo del pensamiento humanista y la poesía posterior: una que mira ávidamente hacia el pasado, que trata de comprender y difundir lo que otros habían pensado o imaginado, y otra que mira hacia el futuro –teniendo en cuenta la visión de lo pasado– para forjar y establecer nuevas tendencias en el pensamiento estético y filosófico de su época... y de las siguientes –como expresó en su epístola *A la posteridad*. Antonio Alatorre recordó, en *Los 1,001 años de la lengua española*, que: "los humanistas italianos, comenzando por Petrarca, redescubrían autores clásicos olvidados en los siglos oscuros, y leían a los nunca olvidados –como Virgilio y Ovidio– sin las estrecheces e incomprensiones de la Edad Media" (p. 137). La reconstrucción del pasado y la construcción del futuro confluyen concientemente en la mirada de los pensadores, editores, traductores y poetas de los siglos catorce y quince.

Petrarca fue adquiriendo su conocimiento, sensibilidad y talento gracias a la educación que le procuró su padre, el intercambio intelectual con otras personalidades de diferentes ciudades, universidades e ideas, y su voluntad. (Parece ser que el primero de los poemas que escribió –a los quince años– es una elegía en latín a la muerte de su madre, según el biógrafo Kenelm Foster.) La vida pública en la ciudad de Florencia permitió que confluyeran tres tendencias entre algunos de sus intelectuales, como observó María Hernández Esteban, editora del *Decamerón*:

> un nivel de mayor adhesión a la vida real, un mayor interés por lo humano frente a lo literario; un acercamiento a un estadio de literatura más baja, más de tono popular; y un compromiso con grupos y sectores de un muy incipiente prehumanismo.

En este ambiente urbano, hacia 1350, Petrarca y Boccaccio entablaron un trato incondicional; una cadena de favores mutuos los iría acercando tanto al estudio y la creación, como entre ellos mismos (ya en 1342 Boccaccio, movido por admiración, había esbozado una biografía del poeta: *De la vida y las costumbres de Francesco Petrarca*). Desde ese momento, se alojaron mutuamente repetidas veces, se ayudaron para conseguir puestos académicos o civiles y consolidaron un modelo de amistad –afectuosa, responsable y crítica.

A los sesenta y nueve años (y al cuidado de su hija Francesca), "el anciano Petrarca se divirtió traduciendo al latín el cuento del *Decamerón* X, 10, de Boccaccio: «Griselda»" (Foster, p. 40). La diversión representó, en realidad, algo mucho más profundo; sin duda, Petrarca habría pasado

momentos muy amenos (tal vez olvidado de su vejez) traduciendo el texto, pero este entretenimiento fue otro de los grandes favores que le otorgó a su amigo Giovanni Boccaccio. En una de las cartas de esos años, dirigida a su amigo enfermo (1372-1373), Petrarca menciona que había vuelto a leer con detenimiento el *Decamerón*, resaltando la solidez de la introducción y el uso (como ya Dante había recomendado) del lenguaje cotidiano y vulgar –del romance.

En la conclusión del libro, Boccaccio defendió sus intenciones: "porque ninguna [cosa] hay tan deshonesta que, si con honestas palabras se dice, sea una mancha para nadie"; refiriéndose, a la vez, al contenido de las historias y a su lenguaje.

Algunas de las características más novedosas del *Decamerón* son justamente el uso de un lenguaje muy cotidiano y la reflexión acerca de las relaciones humanas y las reacciones ante diferentes situaciones, como el engaño, el deseo, los celos, la injusticia... Estos dos aspectos son los que más cuidó Petrarca en su traducción de la historia, como puede observarse en esa especie de moraleja que Dioneo, el narrador, deja en el aire: "¿Qué podría decirse aquí sino que también sobre las casas pobres llueven del cielo los espíritus divinos, y en las reales aquellos que serían más dignos de guardar puercos que de tener señorío sobre los hombres?" El texto de Petrarca reproduce casi literalmente el sentido y orden de estas palabras; la idea que encierran puede tomarse como complemento de la poética del propio autor, expresada en la conclusión de su libro: "Ningún campo se cultivó nunca tanto que en él ortigas y abrojos o algún espino no se encontrase mezclado con las mejores hierbas".

Según María Hernández Esteban (en su estudio sobre las relaciones entre ambos textos) la traducción de Petrarca "es una verdadera versión muy libre, casi una réplica del original"; justamente, Petrarca conocía tan bien las intenciones literarias de su amigo (con quien compartió y reflexionó los últimos veinte años de su vida) que supo imprimirle el mismo registro, adquiriendo –con su libertad– un lenguaje y ritmos semejantes, combinándolos con gran maestría gracias a su conocimiento del latín. (La amistad no sólo fue el mejor aliado de la nueva obra, también había impulsado a Boccaccio a continuar y pulir sus novelas, como lo indica su correspondencia alrededor de 1351.)

Desde la Edad Media, la traducción de una obra en lengua vulgar, como la de Boccaccio, al latín permitía que se conocieran las novedades de cada época en muy diferentes geografías, aunque fuera por un reducido número de intelectuales, normalmente clérigos o universitarios. No es necesario ahondar sobre la importancia que tuvo el latín para el desarrollo de las humanidades, el pensamiento religioso y las artes, ya que, como indicó Ernst Curtius: "El latín siguió en pie, a lo largo de varios siglos, como idioma de la enseñanza, de la ciencia, del gobierno, de la justicia,

de la diplomacia. También en cuanto lengua literaria sobrevivió el latín en mucho a la Edad Media".

Además de presentar un tópico difundidísimo (el de la mujer puesta a prueba por su marido), Pilar Gómez Bedate observó, en una nota a su traducción de esta última novela –y de todo el *Decamerón*–, que la historia de Griselda y el marqués de Saluzzo pertenece al mundo de la alegoría:

> Petrarca [...] interpreta tomando a Griselda como la figura de Cristo, paciente y obediente hasta la muerte. [...] También, de modo más general, se podría considerar a Griselda como una alegoría del alma que es probada por Dios de manera aparentemente arbitraria hasta que la juzga digna de poseer su paraíso.

Esta interpretación también habrá recorrido, junto con la traducción misma, el amplio ambiente cultural por el que se difundió inmediatamente (esta alegoría de la bondad y la firmeza es complemento y contraste –cerrando el libro– de la alegoría de la maldad presentada en la primera de las novelas del *Decamerón*). Si como asegura Hans-Georg Gadamer: "Importa dar cuenta de lo que se pierde cuando se traduce y quizá también de lo que se ganó con ello", habrá que reconocer, sin lugar a dudas, que Petrarca le entregó la llave de Europa a Boccaccio y situó su libro entre las obras universales más leídas y reinterpretadas de la modernidad, es decir, desde el Renacimiento hasta nuestros días.

Bibliografía

Alatorre, Antonio, *Los 1,001 años de la lengua española*, FCE, México, 1989.

Boccaccio, *Decamerón*, trad. de Pilar Gómez Bedate, 2 tt., Siruela, Madrid, 1990,

—, *Decamerón*, trad. de María Hernández Esteban, Cátedra, Madrid, 2001.

Curtius, Ernst R., *Literatura europea y Edad Media latina*, trad. de Margit Frenk y Antonio Alatorre, 2 tt., FCE, México, 1955.

Foster, Kenelm, *Petrarca*, trad., de Helena Valentí, Crítica, Barcelona, 1989.

Gadamer, Hans-Georg, "Leer es como traducir", en *Arte y verdad de la palabra*, trad. de J. F. Zúñiga, Paidós, Barcelona, 1998, pp. 83-93.

Hernández Esteban, María, "Lecturas del relato de Griselda: *Decamerón*, x, 10 y *Seniles*, xvii, 3", *Rivista di Letteratura Italiana*, ix, 3, 1991, pp. 375-399.

Petrarca, *Obras I. Prosa*, introd. de Francisco Rico, Alfaguara, Madrid, 1978. ☾

GABRIEL RAMOS

Petrarca, el punto y el instante

En algún momento del 6 de abril de 1327, en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, Petrarca vio por primera vez a Laura, o al menos así lo recordó más de veinticinco años después, cuando en una de las guardas de su edición de Virgilio tomaba nota del suceso. En el *Cancionero* volvió a ese día; a veces, con efusión maravillada; a veces, con pesar. Lo que permanece igual, en todo caso, es la ubicación del día en el Viernes Santo de aquel año. Poco importa la probable inexactitud del dato;[1] interesan en cambio tanto la reiteración del momento como su vinculación con una fecha sagrada, pues sagrado se volvió ese día mismo, según se verá.

Petrarca, neoplatónico en su formación, tiene por saber fundamental la belleza. Al contemplar a Laura, se activa la primera forma de su estética, que es el conocimiento de lo bello; al imprimirse éste en el alma del poeta, le señala su vínculo con lo divino. Cuando el poeta la invoca en su memoria, se activa la segunda forma: la reflexion, la introspección que intenta reconocer los signos de la belleza que cruzó alguna vez su alma, dándole conocimiento esencial e ideal de la realidad. En su ausencia, el reverso de la belleza es el deseo, el anhelo constante por reactivar las formas armónicas en el alma. De estas dos fases se comprende el ejercicio poético a lo largo del *Cancionero*, culminando en una conciencia de lo divino, lo bello, el deseo y la ausencia, que impulsa una búsqueda, por introspección, como lo haría un místico que buscase a Dios. Por ello, la rememoración del día y del espacio donde Laura apareció por primera vez es un itinerario del pensamiento en lo divino y en la memoria, cúmulo de remanentes de la belleza y forma elemental del deseo. Más aún, la memoria fue equiparada por San Agustín (otro autor dilecto de Petrarca) con el alma misma, de modo que al encenderse allí un recuerdo se prende el alma toda. El *Cancionero* trascurre en un paisaje poético así creado, teatro donde ocurre el drama del espíritu, entre la voluntad y el intelecto; entre la conciencia del ser de las cosas y la ausencia de las mismas.

En el poema XIII del *Cancionero*, el poeta reconoce tanto la imagen de Laura como la promesa que su presencia hace en su memoria para conducirlo al bien supremo. De modo que bendice el punto, el tiempo y el instante en que sus ojos, al mirarla, vislumbraron alto: "I' benedico il loco e'l tempo et l'ora / che sí alto miraron gli occhi mei". El lazo con el alma es inmediato: "da lei vien l'animosa leggiadria / ch'al ciel ti scorge per destro sentero..." Pero también, en el poemario esta conciencia decae constantemente tornándose tormento, *et gli occhi in terra lagrimando abbasso* (XV, v. 8, por ejemplo). De hecho, es notable en el *Cancionero* la fluctuación entre dos sentimientos: el delirio amoroso y la desesperanza que conlleva y la pena, como se muestra ya desde el emblemático soneto inicial, *et del mio vaneggiar vergogna è'l frutto* (I, 12).

Once años después de haber visto a Laura, el poeta recuerda arrepentido –en el poema LXII– el frenesí (*con quel fero desio*) que lo ha impulsado y procura tornar su interés ya sólo a lo divino: "piacciati omai col Tuo lume ch'io torni / ad altra vita et a piú belle imprese". El poema finaliza rememorando que en ese mismo día el Señor fue crucificado, es decir, que fue Viernes Santo: "ramenta lor come oggi fusti in croce". Ahora bien, si el poema LXII parece glosar la *vergogna* del ver-

1 De hecho, el Viernes Santo cayó en el día 10. La bibliografía es abundante, pero puede encontrarse datos útiles en Kenelm Foster, *Petrarca*, Crítica, Barcelona, 1989.

so 12 del poema I, el texto anterior, el LXI, expresa el *vaneggiar* del mismo verso sin carácter alguno de desvarío, sino como recuperación del *dulce afán primero.* El poema también parece una amplificación del verso 5 del poema XIII: "I' benedico il loco e'l tempo et l'ora". De hecho, es una amplificación del primer momento en que Laura apareció a sus ojos:

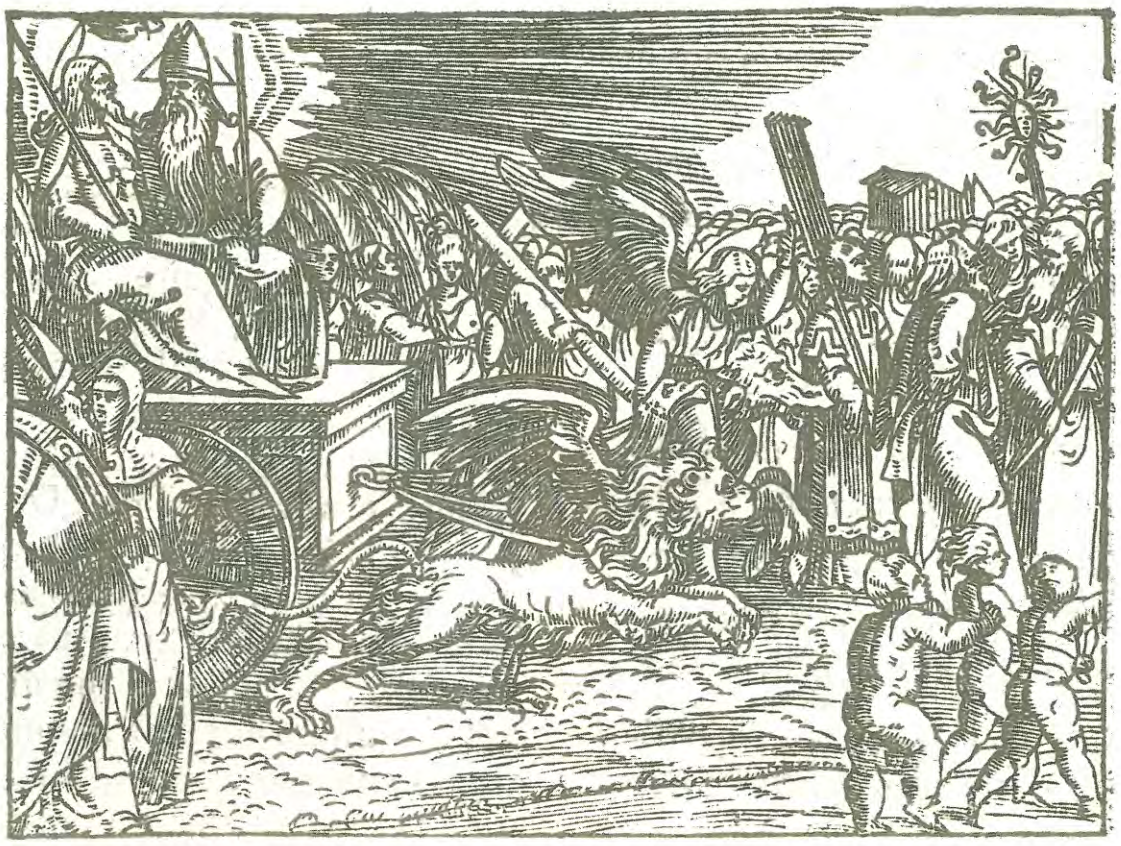
Benedetto sia 'l giorno, e 'l mese, et l'anno,
et la stagione, e 'l tempo, et l'ora, e 'l gunto,
e'l bel paese, e 'l loco ov'io fui giunto,
da' duo begli occhi che legato m'ànno;
et benedetto il primo dolce affanno
ch'i' ebbi ad esser con Amor congiunto,
et l'arco, et le saette ond'i' fui punto,
et le piaghe che 'nfin al cor mi vanno.
Benedette le voci tante ch'io
chiamando il nome de mia donna ò sparte,
e i sospiri, et le lagrime, e 'l desio;
et benedette sian tutte le carte
ov'io fama l'acquisto, e 'l pensier mio,
ch'è sol di lei, sí ch'altra non v'à parte.

Dos instancias son bendecidas en el poema; por una parte el lugar y el tiempo y los tiempos que alrededor de ese solo momento giran. Por otra parte, el pensamiento –y los pensamientos verbalizados que en torno se ordenan: los poemas–, es decir, la introspección mencionada arriba, por la que se sale al encuentro de lo divino. La forma de presentarlo es enunciar algo súbito (un momento, una emoción o el pensamiento) al que siguen enumeraciones de orden ascendente o descendente, por las que el primer hecho se amplifica o determina; lo cual lleva a un juego de oscilaciones resueltas tanto en la musicalidad del verso como en la precisión del concepto. El tema del primer cuarteto es el tiempo; el del segundo, las emociones; de los tercetos son el pensamiento y las voces, es decir, los poemas.

El juego consiste en precisiones que se afinan tras cada palabra y verso. El primer verso enuncia el tema básico, el día, que se expande pronto al mes y al año, un énfasis en la precisión del momento como la que tuviera al anotar la fecha, el 6 de abril de 1327, en su Virgilio. En el segundo verso retoma, en sentido inverso, cada uno de los tiempos enunciados, ahora reduciéndolos: del año se valora la estación; del mes, una hora; del día un punto apenas, un instante. El verso siguiente da cuenta del lugar, también en sentido regresivo: del país al lugar, donde el poeta quedó cautivo. El punto y el momento precisos son tales porque allí está el encuentro con la mirada de Laura, que en efecto trasfiguran la situación del poeta. Más aún, se erigen centro de su memoria (su alma), eje y vínculo de su realidad y su anverso divino. Recuérdese ahora el simbolismo que el nombre de Laura conlleva, el lazo con el mito de Apolo, que, perseguidor de Dafne, la vio convertirse en laurel y lo aclamó luego emblema propio y de los poetas. Laura es también árbol sagrado, reverso del otro "árbol" que representa la cruz del Viernes Santo; señala el centro luminoso del paisaje espiritual del poeta, el eje que organiza su mundo y el puente que lo conducirá a mayor bien. No sorprende entonces que justo el poema anterior, el LX, tenga por tema tal mito, aunque, es cierto, con desdén y desengaño (*l'arbor gentil che forte amai molt'anni*).

Vuelvo al cuarteto segundo. Su tema es el sentimiento, el dulce afán (verso 5) y su evolución en el tiempo que lo verá tornarse llagas (verso 8). Entre ambos se alude al dios Amor, Cupido, cuyo arco y saetas son igualmente benditas (versos 6 y 7), lo mismo que las llagas por ellos producidas. En cierto modo, la precisión no puede ser más intensa, cuando la imagen describe el encuentro con una flecha. La gradación ocurre paralelamente entre los pares de versos 5 y 8 y 6 y 7, entre los cuales hay nuevas gradaciones. Del afán a las llagas del pecho, del dios y su arma a la herida.

En el primer terceto empieza la bendición de las palabras. Destácase primero el cambio al sujeto en plural. En la primera parte del poema, *benedetto* aludía ya al día ya al mes ya al año; en esta segunda parte, *benedette* anuncia unidades que se dispersan o esparcen. Del centro u origen hasta aquí descrito, salen esparcidas las voces que llaman el nombre de su señora. Pero la voz se gradúa también, su presentación alcanza su cúspide a la mitad del verso intermedio; dentro del cúmulo de voces está el



nombre preciso que la denota:... *chiamando* il nome de mia donna *ó sparte*... A partir de allí hay una dilución. Las voces esparciéndose llaman el nombre de ella. Igual se dispersan los suspiros, las lágrimas y el deseo, experiencia primordial de la ausencia, estación final que desde el verso uno –el punto máximo de la presencia: el día– y hasta aquí (verso 11) –su punto mínimo: el deseo– se ha trazado.

El terceto final recupera y ordena las voces anteriores. Las voces esparcidas recuerdan fácilmente las *rime sparse* con que al inicio del libro se caracteriza los poemas (*Voi ch'ascoltate in* rime sparse *il suono*). Éstos, le *carte*, donde el poeta ha volcado su pensamiento, dándole a ella fama, también se bendicen, con lo que se alcanza el pensamiento mismo del poeta (*e 'l penser mio*). Se provoca la misma sensación compensatoria que la expresada en el verso 7 del poema XIII: "Anima, assai ringratiar dêi / che fosti a tanto honor degnata allora". De esta manera la gradación ocurre de lo disperso a lo armonizado. Y ocurrió de un tiempo preciso al alma del poeta, que como la estación y el año, giran en torno de ella (*ch'è sol di lei*). Útima frase y última precisión: tanto es de ella aquel pensamiento, que ninguna otra lleva parte en él. Así como el poema entero recuerda el *I' benedico il loco e 'l tempo et l'ora* del poema XIII, esta última frase, *sí ch'altra non v'à parte*, recuerda la primera de aquel soneto: *Quando fra l'altre donne ad ora ad ora / Amor vien nel bel viso di costei*. Ella sobresale entre las demás.

En resumen, el soneto LXI está ubicado en el centro de la poética de todo el libro: alude a la razón y motivo principal, Laura y el día; a la materia y sentido, el sentimiento y las voces; y representa uno de los dos tonos del cancionero: entre el desengañado poema LXI y el arrepentido LXII, el soneto que me ha ocupado representa el delirio lírico, la fuente primera de las *rime sparse*. Entre cada uno de estos pares, el poema establece lazos señalados por su juego de gradaciones: el día culmina en Laura, el sentimiento en la palabra.

La fuerza expresiva del poema se vincula con el resto del libro; muestra el valor de una vida en la poesía justificada por la construcción de una imagen luminosa. Lo anterior será válido al menos para la primera parte del *Cancionero*; los fragmentos escritos *in vita*. Después se subraya el carácter de fantasma (en cuya etimología se encuentra también la luz) con que la ilusión de Laura guió sus errores juveniles; pero también tiene ella, *in morte*, un carácter más puramente divino. La efusividad desde la memoria vive mientras se la invoca; quizá entonces en la segunda parte de la frase que escribió Petrarca en su Virgilio, y que al principio de esta nota he recordado, la pasión y el deseo quedaban apagadas también: "Laura ... apareció por primera vez ante mis ojos ... en el año del señor 1327, el seis de abril, en la iglesia de Santa Clara de Aviñón; y en la misma ciudad, también el seis de abril... pero del año 1348, apagóse la luz de su vida." €

GAËTAN LAVERTU

Canadá y México: una relación cada vez más fuerte

Estimado Dr. Andrés Lira, Presidente de El Colegio de México,

Lic. Gerónimo Gutiérrez, Subsecretario de Relaciones Exteriores de México,

Dra. María del Carmen Pardo, Directora del Centro de Estudios Internacionales de El Colegio de México,

Dr. Jean-François Prud'homme, Coordinador General Académico de El Colegio de México,

Estimados profesores e investigadores, invitados especiales,

Estimados amigos,

Quisiera agradecer a El Colegio de México y a su Presidente, el Dr. Andrés Lira, por la organización de la presentación del número 176 de *Foro Internacional*, dedicado a la percepción canadiense en temas centrales tanto para Canadá como para México, temas tan importantes como son los mercados energéticos, el sistema interamericano, la seguridad y las políticas sociales.

En el transcurso de los años, El Colegio de México ha manifestado gran interés y visión hacia Canadá que lo ha colocado en la vanguardia intelectual y que ha propiciado acercamiento entre Canadá y México. Pienso en específico en la incipiente idea de las potencias medias en los años ochenta, impulsada por el señor Mario Ojeda. Pienso también en el Sr. Víctor Urquidi, gran amigo de Canadá aun antes de que tuviéramos relaciones diplomáticas, quien ha impulsado el estudio de Canadá durante el transcurso de su gran carrera académica. De hecho, en reconocimiento a su contribución en este campo, la Fundación Canadiense para las Américas (FOCAL) galardonó al Sr. Urquidi en 1994, en ocasión de la celebración de nuestros 50 años de relaciones diplomáticas.

Agradezco mucho también el valioso apoyo y el entusiasmo del Dr. Derbez y de todo su equipo en la Secretaría de Relaciones Exteriores quienes se han unido con nosotros en esta maravillosa ocasión para dar realce a importantes aniversarios.

La nuestra es una relación de mucha duración. Empezamos a realizar misiones comerciales hace unos 100 años, establecimos relaciones diplomáticas formales hace 60, negociamos un Programa de Trabajadores Agrícolas Temporales hace 30 años, y entramos al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) hace diez.

Estos aniversarios son de mucha utilidad, ya que nos recuerdan el camino que hemos recorrido. Durante muchos años, la ignorancia y la falta de atención inhibieron nuestra relación, a pesar de tener contactos diplomáticos adecuados. Varias limitaciones hicieron que no hubiera un compromiso más intenso entre nuestros países: la doctrina Monroe antes de la segunda guerra mundial, la proximidad que tenía entonces Canadá con el Reino Unido, las guerras en las que tuvimos que participar en Europa, y luego la guerra fría que retuvo nuestra atención durante demasiado tiempo.

Varios factores emergieron en los años noventa que actuaron como catalizadores para que tuviéramos una relación más estrecha. Debo mencionar la política exterior más abierta que pusieron en práctica los presidentes Salinas y Zedillo, con la entrada de México al Acuerdo del GATT, la OCDE y el APEC, política que fue considerablemente acelerada por el Presidente Fox. Asimismo, debo mencionar la decisión de Canadá de entrar en la Organización de los Estados Americanos (OEA) y de desempeñar un papel activo en el proceso de cooperación hemisférica, como lo demostró en ocasión de la Cumbre de las Américas en Quebec en 2001.

El deseo de restructurar la economía en ambos países para ajustarnos al fenómeno de la globalización, y la determinación de cosechar los beneficios de la integración regional también facilitaron nuestro acercamiento. Nuestra cooperación eventual en el TLCAN creó la necesidad de conocernos mejor y de profundizar nuestra relación.

Me acuerdo de la decisión que tomó el gobierno de Jean Chrétien en 1993, de hacer de México una prioridad de su política exterior. Una de las primeras visitas al exterior del Primer Ministro Chrétien fue a México, en marzo de 1994. México no solamente iba a ser para Canadá un importante socio económico en América del Norte, sino también un puente hacia América Latina y un aliado en los foros internacionales.

Asimismo, recuerdo la política de diversificación del Presidente Zedillo que hizo de Canadá una prioridad estratégica. Eso llevó a que él hiciera su primera visita al extranjero como Presidente a Canadá. Posteriormente acordamos una declaración de objetivos comunes en donde confirmamos nuestra convergencia como socios en América del Norte, nuestra coincidencia como países que adoptan actitudes similares y nuestra complementariedad en la búsqueda de nuestros intereses.

Hoy, disfrutamos una relación sustancial, de confianza, de madurez y estratégica basada en cooperaciones comercial y económica extensas, en colaboración y diálogo sobre políticas nacionales e internacionales estrechas, y en expansión de nuestros lazos culturales, académicos, de turismo y de migración muy rápida.

Nuestro comercio se ha triplicado desde la entrada en vigor del TLCAN. Canadá es ahora el segundo mercado para México después de Estados Unidos, mientras que México es el cuarto comprador más grande de productos canadienses. Las inversiones canadienses en México también aumentaron, al grado de que Canadá es el cuarto inversionista extranjero directo más importante en México. Hoy en día, hay alrededor de 1 300 empresas canadienses activas en el mercado mexicano.

Nuestros contactos políticos se han multiplicado de manera asombrosa. El Primer Ministro Chrétien se reunió siete veces con el Presidente Fox, antes de retirarse de la política el año pasado. La primera visita al extranjero del Primer Ministro Martin, en enero de este año fue a México. Ahora esperamos recibir una tercera visita del Presidente Fox a Canadá en los próximos meses. Asimismo, muchos secretarios y parlamentarios de ambos países han formado parte de este esfuerzo para forjar una relación más estrecha.

La buena relación que tenemos nos ha llevado a comparar notas y a trabajar juntos en una variedad de temas de política pública en los últimos años. Hemos buscado oportunidades para intercambiar experiencias y para cooperar en áreas como el acceso a la información, la planeación estratégica, las fronteras, el gobierno electrónico, la seguridad y el federalismo.

Asimismo, hemos trabajado juntos en varios foros internacionales sobre temas de política exterior y comercial. El hecho es que compartimos intereses similares en muchas áreas. Los dos sentimos la necesidad de mantener un equilibrio en nuestra relación con Estados Unidos y de proyectar nuestra identidad al ámbito internacional. Los dos queremos privilegiar el multilateralismo y fortalecer a la ONU y el sistema internacional. Los dos queremos ayudar a formar el orden global y trabajar por la paz mundial; los dos militamos en favor del libre comercio para lograr la prosperidad, pero con equidad.

Estas actitudes que tenemos en común han favorecido los contactos que se han creado entre nuestras comunidades empresariales, ONG y sindicatos, instituciones culturales y universidades. Cada año, alrededor de 1 000 000 de canadienses visitan México y aproximadamente 200 000 mexicanos viajan a Canadá. Unos 12 000 mexicanos estudian en Canadá este año y veo que cada vez más jóvenes canadienses vienen a México a estudiar, aprovechando los 400 acuerdos de varios tipos entre instituciones educativas de Canadá y de México.

De tal manera que hoy en día, somos mucho más que vecinos en América del Norte, socios económicos importantes y aliados en el mundo. Somos verdaderos amigos que tienen amplia red de colaboraciones.

Así como la interdependencia global ha hecho que nuestro mundo sea más pequeño, la relación será cada vez más estrecha en el futuro. Nuestros países apenas han comenzado a explorar las oportunidades de cooperación en nuestra región, América del Norte, sea dentro del marco del TLCAN o en un contexto más amplio. El futuro aguarda grandes promesas en áreas como el medio ambiente, la seguridad pública, la transportación, las comunicaciones, la energía, la ciencia y la tecnología, la agricultura y la educación, por mencionar algunas.

Debemos pensar de manera estratégica acerca de cómo responder a una América del Norte que está evolucionando, con sus diversas oportunidades y sus desafíos. Estoy convencido que buena parte de la agenda futura entre México y Canadá residirá en la edificación de una comunidad más solidaria en América del Norte además de la formación de mejor sistema global. ☙

LUIS JÁUREGUI

Las finanzas públicas durante el federalismo

La Repartición de rentas y la administrción del federalismo fiscal

Con el Acta Constitutiva de la Federación Mexicana del 31 de enero de 1824 el llamado Segundo Congreso Constituyente (5/XI/1823-24/XII/1824) asentó que las partes integrantes de la federación eran los estados (y no ya las provincias, intendencias, reinos, etc.). Estas entidades tenían, con ciertas restricciones, soberanía y libertad para crear sus propios sistemas tributarios.

En cuestión fiscal, la definición de la forma de gobierno que tendría la nueva república requería que se repartieran los recursos entre los estados y la federación. Éstos fueron los impuestos (y otros ingresos públicos) que habían sido heredados de la colonia, así como los pocos que se habían creado durante los primeros años de vida independiente. Como ésta era una cuestión sumamente importante, toda vez que sin la repartición de recursos públicos entre los estados y la federación no se podía aplicar el federalismo, el Constituyente nombró una comisión –denominada Comisión del Sistema de Hacienda– que a inicios de marzo de 1824 elaboró un dictamen sobre cuáles rentas serían repartidas.

Fueron varios los criterios de la comisión para efectuar la repartición. Por una parte, a la federación se le asignaron aquellos ingresos que, de haber quedado en los estados, habrían enriquecido a unos más que a otros. También se buscó que las fuentes de ingreso con más rendimiento fueran más eficientes. Aquí el caso más elocuente fue el de la renta del tabaco. La comisión, consciente de que sólo "liberando" un poco este monopolio se obtendría mayor rendimiento, decidió repartir la renta. Así, a la federación se le asignó el producto de las ventas de tabaco en rama, y a los estados se les concedieron los ingresos por la manufactura y venta de cigarros y puros.

En la repartición de rentas los estados se quedaron con la mayor parte: alcabalas, derechos sobre la producción minera, venta de cigarros y puros, derechos de pulque, contribución directa, y dos novenos del diezmo eclesiástico que, por acuerdo con el Vaticano en tiempos coloniales, correspondían a la autoridad civil. A la federación se le asignaron ramos tales como los derechos de aduanas (importación y exportación), la producción y venta del tabaco en rama, los cobros por amonedación de plata, el monopolio de la sal, los correos, lotería, el producto de la venta o arrendamiento de los bienes de la nación, etc. Ciertamente estos ingresos eran muy importantes, pero no suficientes. Por tal motivo, la comisión "creó" un impuesto al que se le llamó "contingente" y que se cobraba a los estados. La base del contingente fue la población de cada estado, el producto de sus diezmos, su especialización sectorial y las consecuencias de la guerra de independencia sobre su territorio.[1]

A pesar de que la Comisión del Sistema de Hacienda buscó que la repartición de las rentas, emprendida en 1824, fuera lo más equitativa posible, a ésta no le faltó oposición, lo cual muestra las posturas federalista y confederalista que se vivían en la época. Con todo y la oposición, y sin modificaciones en lo esencial, el dictamen de la Comisión del Sistema de Hacienda adquirió forma de decreto el 4 de agosto de 1824 con el nombre de "ley de clasificación de rentas generales y particulares".[2] Una vez que

1 Sobre el contingente, véase Castañeda Zavala, 2001.
2 Dublán y Lozano, 1876-1911, vol. 1, p. 712.

en lo formal quedó constituido el sistema fiscal federal se procedió a su reglamentación.

Toda la normatividad fiscal que se dictó desde el último tercio de 1824 y hasta abril de 1826 se aplicó inmediatamente. Como los empleados de la vieja hacienda pública sólo cambiaron de categoría, desde el día siguiente de promulgado el decreto del 21 de septiembre de 1824 se comunicaron órdenes, por medio de circulares, a todas las comisarías generales del país sobre la forma cómo se administraría el erario federal en los estados.[3] Además de evitar el trámite de consultar con el Poder Legislativo, que en muchas ocasiones obstaculizaba las labores del Ejecutivo, el propósito de administrar mediante circulares era que la administración de la hacienda pública de aquellos años funcionara mediante minuciosa vigilancia y constantes órdenes escritas.

El financiamiento del déficit: deudas externa e interna y la crisis del sistema

Con todo y lo innovador que fue la primera administración fiscal del federalismo, debió enfrentarse a la realidad de ingresos reducidos y gastos elevados. Parte de estos últimos se originó en el hecho de que, en la repartición de los gastos, al gobierno federal le había correspondido el pago de la deuda externa. Desde finales de 1824 aquél debía dinero que se había visto obligado a pedir prestado, antes del establecimiento de la federación, a los *merchant bankers* ingleses. Según el ministro de Hacienda José Ignacio Esteva, estos préstamos se utilizaron "para las urgencias del erario": una de ellas fue precisamente el cambio administrativo que significó la adopción del federalismo.[4] Hacia fines de 1826 el gobierno federal todavía contaba con parte del dinero del segundo préstamo. Sin embargo, por avatares del mercado internacional de capitales de aquellos años, México no pudo disponer de ese activo; peor aún, quedó sin posibilidades de contratar más deuda debido al colapso de la oferta internacional de capitales.

Entre tanto, la situación política y la amenaza externa obligaban al gobierno federal a destinar recursos para mantener a sus tropas regulares en pie de guerra, una cuestión que drenó aún más las arcas de la Tesorería federal. Además, casi ninguna entidad pagó en su totalidad el contingente asignado ni otras deudas que incluso fueron de mayor magnitud. De diferentes formas, el argumento que opusieron los estados para no realizar estos pagos fue que sus economías eran aún muy endebles para hacer frente a cuotas tan elevadas.[5] Por otro lado, entre 1827 - 1832 se redujeron los ingresos más importantes de la federación, que eran los del comercio exterior.[6] Si a todo esto se agrega la grave crisis económica que se vivía en la época, no es difícil comprender que, para el verano de 1827, el gobierno mexicano se viera imposibilitado de pagar los réditos de su deuda externa.[7]

El recurso del agio y los intentos por solucionarlo

En los últimos días de 1827, el gobierno federal solicitó un préstamo a algunos comerciantes residentes en la ciudad de México. Éstos percibían que prestarle al gobierno era un negocio con muy altos riesgos; por lo mismo, co-

3 Guía de Hacienda, 1825-1827.

4 El tema de la contratación de la llamada "deuda inglesa" es tratado ampliamente en el trabajo clásico de Bazant, 1995, capítulo 2. Sobre la utilización que se hizo de este dinero véase Jáuregui, 2002.

5 Castañeda Zavala, 2001, cuadro 3.

6 Tenenbaum, 1985, p. 42.

7 Bazant, 1995, pp. 56-60.

braban réditos sumamente elevados y exigían el pago en tiempo muy breve: de ahí el nombre de "agiotistas". Urgido de dinero, el gobierno concedía a estos prestamistas condiciones por demás favorables.

Al igual que la deuda externa, durante la presidencia de Vicente Guerrero (1829) el gobierno se vio en la imposibilidad de pagarle a los agiotistas, lo que deterioró fuertemente su crédito. Para obtener fondos, además de aplicar préstamos forzosos (que también afectaban la confianza) el gobierno emprendió la estrategia de emitir letras pagaderas directamente en los lugares donde se percibían los impuestos. Estas letras se cobraban por su valor nominal más un determinado interés mensual. Pronto se hizo permanente la estrategia de anticipar los ingresos del año siguiente lo que, consecuentemente, consolidó la presencia de los agiotistas en las finanzas públicas mexicanas.

Después de algunas reformas de carácter administrativo, que pretendían corregir el creciente déficit sin crear impuestos, el gobierno de Valentín Gómez Farías (1833-1834) buscó formas de arreglar la problemática de la deuda interna. Se pretendió la afectación de la propiedad en manos muertas, estrategia que hizo muy poco para resolver el problema de la deuda interna. Ante la oposición política a esta medida, se recurrió a contratar más deuda para pagar la deuda. Las nuevas cargas conllevaban aun más privilegios que las anteriores.

En una visión de mediano plazo podría decirse que entre más poder adquirieron los agiotistas, mayores dificultades tuvo el gobierno para aplicar, con éxito, nuevos impuestos, e incluso para incrementar los ya existentes. A finales de los veinte se intentaron reformas de importancia, lo que muestra que se tenía idea de cómo corregir la situación. Empero, la oposición política a esta reforma obligó a recurrir a un expediente muy socorrido por todos los estados modernos: el cambio administrativo. En materia fiscal, los primeros años treinta vieron la modificación del contingente la cual estropeó el incipiente sistema de participaciones federales.

La inestabilidad política del segundo decenio de vida independiente fue sumamente dañina para las finanzas federales. Por una parte, los caudillos (y en particular Santa Anna) vieron en las aduanas (internas, que eran de los estados, y externas, de la federación) una fuente muy tentadora de recursos. Por otro lado, la constante retractación de los gobiernos federales a cualquier reforma de carácter fiscal –por pequeña que fuera– creó la costumbre entre los mexicanos de que la federación se sostenía con deudas y con viejos impuestos coloniales. El incipiente liberalismo

del gobierno de Santa Anna/Gómez Farías buscaba que fuera el mercado, y no una reforma fiscal, el que aportara las condiciones para mayor recaudación.

El mercado, a pesar de reformas liberalizadoras, no respondió. En el ámbito estructural, y aparte de la cuestión política, las urgencias de la Hacienda de la primera mitad de los años treinta del siglo XIX responden a una economía que no logra levantarse del fuerte impacto económico que implicó el proceso de independencia. A esto cabría agregar una situación de baja productividad, principalmente por el atraso tecnológico, una serie de estructuras sociales que dificultaban el progreso económico y la muy escasa población para la enorme extensión del territorio.[8]

Así, una serie de circunstancias políticas, económicas y sociales, determinaron la pobreza de aquella primera República federal. No es de extrañar que Santa Anna, al reasumir la presidencia en 1834, pensara que una federación no podía subsistir permanentemente con fondos extraordinarios. Así, con el apoyo de la Iglesia, el ejército y los grupos centralistas, los fondos que requería el supremo gobierno vinieron de las entidades federadas de la República. En diciembre de 1834 el gobierno con asiento en la ciudad de México ejerció su prerrogativa legal de intervenir las rentas de los estados para hacer efectivo el pago de las deu-

[8] Romero Sotelo y Jáuregui, 2003.

das atrasadas. Con esta ley de carácter netamente fiscal, puede afirmarse que en México se inició la llamada "primera república central".[9]

BIBLIOGRAFÍA

Anna, Timothy E., 1998, *Forging Mexico, 1821-1835*, Lincoln, University of Nebraska Press

Bazant, Jan (1995), *Historia de la deuda exterior de México, 1823-1946*, tercera edición, México, El Colegio de México.

Castañeda Zavala, Jorge, 2001, "El contingente fiscal en la nueva nación mexicana, 1824-1861", en Marichal y Merino, 2001, pp. 135-188.

Dublán, Manuel y José María Lozano, (1876-1912), *Legislación mexicana o colección completa de las disposiciones legislativas expedidas desde la independencia de la república*, 54 tomos, México, Imprenta del Comercio.

Guía de hacienda, 1825-1827, *Guía de hacienda de la república mexicana*, 6 volúmenes, México, Ministerio de Hacienda.

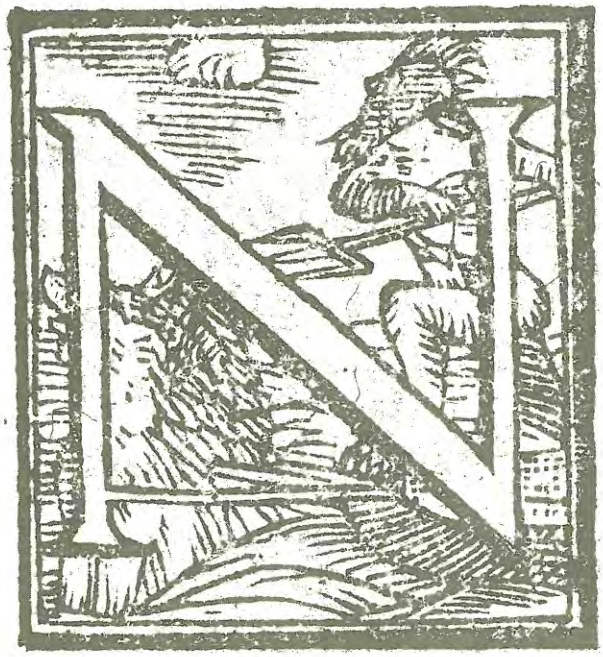
Jáuregui, Luis, 2002, "Cambio administrativo y préstamos externos. La gestión fiscal de José Ignacio Esteva", en Ludlow, pp. 55-86.

Romero Sotelo, María Eugenia y Luis Jáuregui, 2003, *Las contingencias de una larga recuperación. La economía mexicana, 1821-1867*, México, UNAM/Facultad de Economía.

Tenenbaum, Barbara, 1985, *México en la época de los agiotistas, 1821-1870*, México, Fondo de Cultura Económica.

Vázquez, Josefina Zoraida, 1987 (1987), "Introducción. Dos décadas de desilusiones: en búsqueda de una fórmula adecuada de gobierno (1832-1851)", en *Planes en la nación mexicana, Libro dos*, México, Senado de la República/El Colegio de México, pp. 7-70. ₡

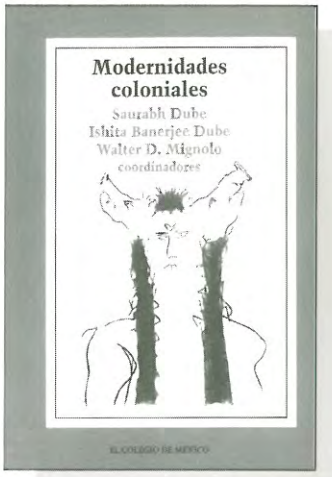
[9] Sobre los acontecimientos políticos que llevaron al cambio de forma de gobierno, véase Vázquez, 1987. También Tenenbaum, 1985, pp. 62-65 y Anna, 1998, pp. 256-268.

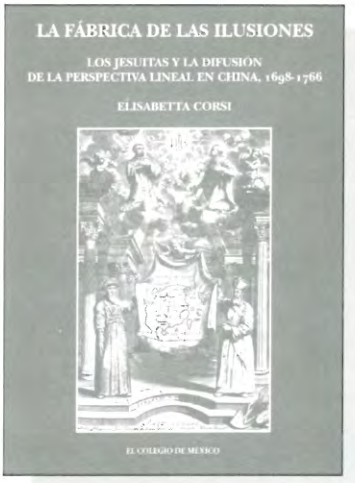


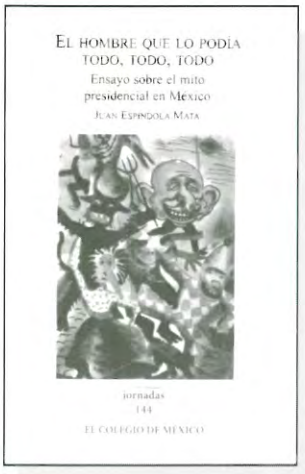
Con gran tristeza nos enteramos que
don IGNACIO ACEVEDO
dejo de existir el pasado sábado 14 de agosto de 2004.
Los que lo conocimos y tuvimos la fortuna
de trabajar con él, mucho tenemos que agradecerle
por su paciencia, entusiasmo y generosidad para enseñar,
asesorar y guiar en los intrincados caminos de las artes gráficas.
Cientos, miles de libros, pasaron por su supervisión,
las colecciones Sep Setentas, Lecturas mexicanas, Letra y color,
Ediciones del Ermitaño, libros de Siglo XXI, Diana,
Era, FCE, el Colmex, la UNAM, y muchas editoriales más le
deben su buena factura a los cuidados del señor Acevedo.
Muchos talleres tuvieron el honor de tenerlo como jefe de
producción, no sólo de impresión y acabados, sino también en la
confección de libros en linotipos y composser.
Justo es reconocer su don de gentes, el espíritu humano
y la veta innata del maestro siempre solícito, de buen talante que
fue, sin duda para muchos, don Nacho.
con él aprendió el que quería, el que deseaba conocer el ramo
y el mundo de las artes gráficas.
Un hombre entero, íntegro, dejó de existir.

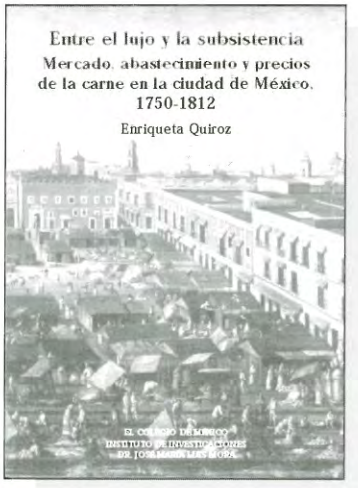
Descanse en paz
don IGNACIO ACEVEDO
1927-2004

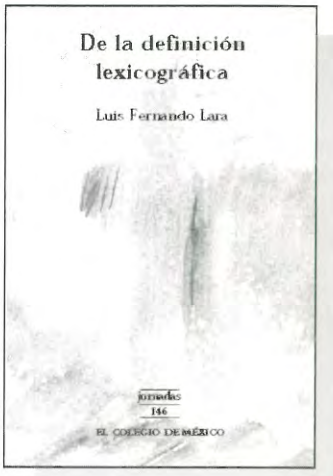
NOVEDADES

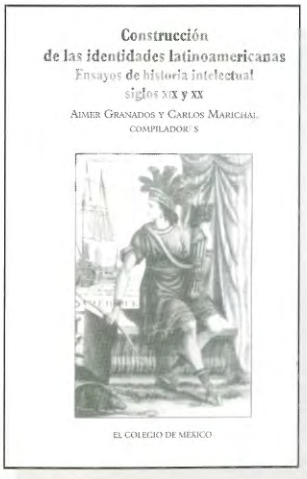










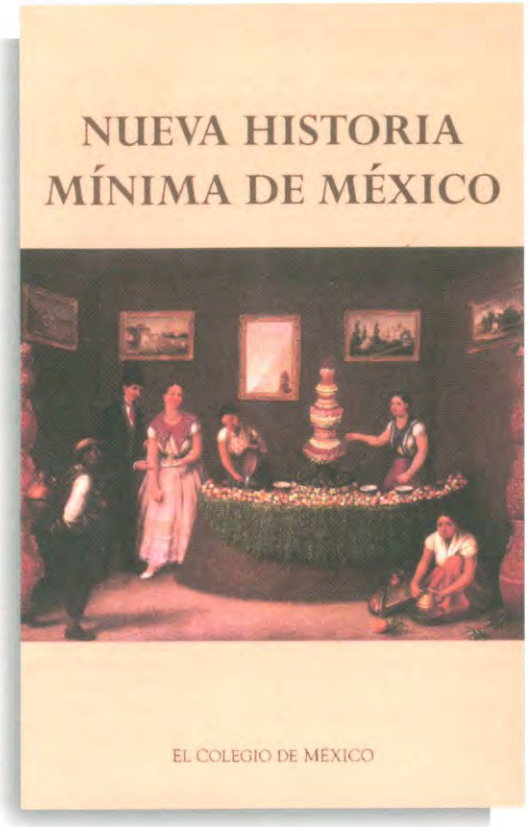


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
Dirección de Publicaciones,
Camino al Ajusco 20,
Pedregal de Santa Teresa,
10740 México, D. F.
Para mayores informes:
5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
publi@colmex.mx

EL COLEGIO DE MÉXICO

NOVEDAD



El Colegio de México publicó en 1973 una primera versión de la *Historia mínima de México* con el fin de proporcionar la dosis mínima de conocimiento histórico requerido por cualquier mexicano de entonces. En esa pequeña obra participaron cinco autores que plasmaron lo que en el momento se consideraba la visión más sintética y acertada del pasado de este país. Ediciones posteriores incorporaron un estudio adicional de los años recientes, pero la obra permaneció básicamente inalterada hasta la llegada del siglo XXI.

Sin apartarse del propósito de concreción y sencillez que guió a la vieja *Historia mínima de México*, la presente es una obra completamente nueva: por sus siete autores, por su división temática, por sus planteamientos, por su explicación, por su cobertura más amplia y, sobre todo, por su visión más moderna y mejor fundada –tanto como lo permite el conocimiento más avanzado y perfeccionado de que disponemos en estos primeros años del siglo XXI.

La *Nueva historia mínima de México* es, a la vez, una historia no sólo nueva, sino también innovadora. El lector encontrará en sus páginas, perspectivas y explicaciones que le permitirán un conocimiento básico y ameno de la historia de México.

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx